

# Ateneo y Residencia a propósito de Azaña y Ortega

Santos Juliá

**Resumen:** Manuel Azaña en el Ateneo, José Ortega en la Residencia, parecen haber emprendido desde su primera juventud caminos divergentes que llevaron al primero hacia el compromiso político y al segundo a la pura teoría. Las cosas, sin embargo, fueron algo más complicadas, de manera que, al menos hasta el fin de la Gran Guerra, podría hablarse de unas vidas paralelas que solo se bifurcan cuando el primero permanece en el viejo Madrid del Ateneo, mientras el segundo dirige sus pasos hacia el nuevo Madrid de la Residencia.

**Palabras clave:** Ateneo de Madrid, Residencia de Estudiantes, intelectuales, generación de 1914, Azaña, Ortega.

**Abstract:** Manuel Azaña at the Ateneo and José Ortega at the Residencia. They seemed to have undertaken, since their early childhood, diverging paths that led the first to political compromise and, the second, to pure theory. Things, however, were a little more complex, so that, at least until the end of the *First World War*, we could talk about two *First World* parallel lives which only diverge when Azaña stays in the old Madrid the Ateneo and Ortega heads to the new Madrid the Residencia.

**Key words:** Ateneo de Madrid, Residencia de Estudiantes, intellectuals, the generation of 1914, Azaña, Ortega.

No encuentro mejor elogio de Juan Marichal que su propia identificación como un liberal que sabe escuchar. Trasterrado desde su juventud, supo escuchar las voces que le llegaban desde la lejanía del tiempo y de la distancia con el consciente propósito de poner en valor una tradición de pensamiento y de acción brutalmente quebrada por la guerra civil y la dictadura. Se rebeló, desde su exilio, contra el designio de los vencedores de borrar de nuestra historia el siglo XIX por liberal y el XVIII por ilustrado y fue recomponiendo la tradición liberal española a base de ensayos primorosamente esculpidos, como quien restaura un mosaico destruido tras un incendio.

Ensayos, mosaico, pero no obra fragmentaria, pues esas piezas breves van encajando unas en otras hasta adquirir plenitud de sentido en su proyecto de reconstrucción ideal de una larga y fecunda tradición. A través de sus ensayos, Marichal descubre las raíces y da cuenta de las diversas ramificaciones del liberalismo español, situándolo en una perspectiva europea. De ahí procede su revisión del siglo XVIII como plenamente español, su indagación en el origen de la palabra *liberal* y su cambio semántico en el Cádiz de las Cortes, cuando liberalismo se identifica con desprendimiento, con imperativo de generosidad, o su evocación de las nubes de melancolía que cubrían la frente de Larra el día de difuntos de 1836.

La recuperación liberal que atribuye al Unamuno de principios del siglo xx, el programa de europeización que encuentra en Ortega, por no hablar del ideal republicano de Manuel Azaña, quedaron arrasados por la rebelión militar y la guerra civil, que ya no puede concebirse como una peculiaridad española, sino —y así lo escuchó a un campesino— como una «lucha por la libertad del mundo». En la guerra ve personificado en Juan Negrín el político, de quien destaca su capacidad de resistencia, y en Manuel Azaña el drama del liberalismo español, el de unos hombres que «entran en la acción política para afirmar los principios de la conciencia individual y que al participar en las luchas políticas ven todos los riesgos que para su propia conciencia individual comporta esa defensa, esa afirmación de la primacía de la conciencia».

La guerra, con la tragedia y derrota, podría haber significado, para una mirada dogmática o rencorosa, el punto final a las indagaciones sobre la tradición liberal española. Pero en Marichal no había solo madera de historiador, sino que, por su arraigado liberalismo, su interés por el pasado le mueve a abrir sus oídos a las voces del presente. Por eso, desde Harvard, dedicó también su reflexión a «El nuevo pensamiento político español», una colección de ensayos en los que percibió la voluntad de convivencia intelectual en los falangistas de *Escorial*, como Pedro Laín y Dionisio Ridruejo; el neotacitismo y reformismo de Tierno Galván; la equivalencia entre orden cristiano y democracia efectiva de Giménez Fernández, o la preocupación por las Españas en el historicismo pactista de Vicens Vives.

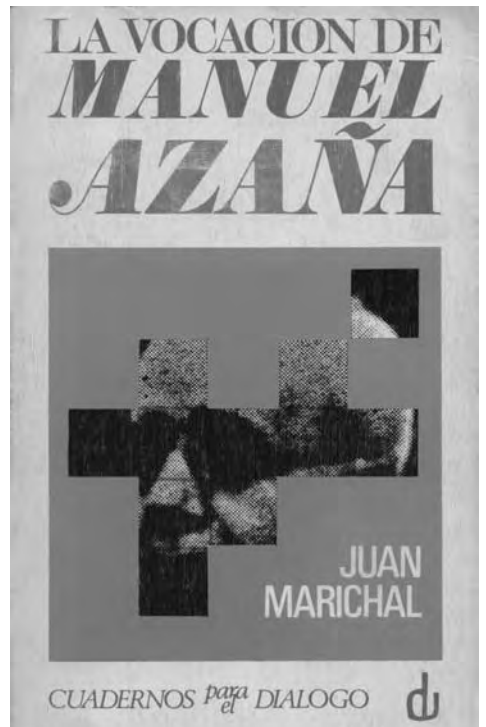
Y así, desde el exilio, Marichal contribuyó no solo a la recuperación de la tradición liberal española, sino también a tender puentes con el interior entrando en fecundo diálogo con disidentes de la dictadura, sin importarle que algunos, en otro tiempo, formaran en la coalición vencedora. Vaya, pues, esta evocación de Azaña y Ortega, dos intelectuales de su querida generación del 14 a los que dedicó páginas luminosas, en recuerdo y homenaje de este gran «liberal que sabía escuchar».

\* \* \*

Al proponer como tema de este homenaje una evocación de Azaña y Ortega tenía yo una idea de su relación con el Ateneo y la Residencia que luego, a medida que acercaba la mirada, se ha modificado sustancialmente. Mi hipótesis de partida consistía en que, desde los años de su juventud, Azaña y Ortega se habían movido en mundos diferentes: que el Ateneo, situado en el centro de la ciudad, como espacio natural del intelectual político, era el lugar de Azaña, mientras que la Residencia, construida más allá del ensanche, como espacio del intelectual alejado o al margen de la política, era el lugar de Ortega. Todo muy claro, pues: Azaña era el Ateneo, Ortega, la Residencia. Si esta hipótesis se cumpliera, la tensión tan perceptible entre estos dos personajes y



Azaña, recién elegido Secretario del Ateneo, semioculto por la sombra del busto de Segismundo Moret; junto a él, a la derecha, Ortega y Gasset; 1913. (Archivo V. A. S.)



sus propuestas, con sus respectivos énfasis en la política o en la educación, quedaría reflejada espacialmente en la tensión entre el Madrid de siempre, encerrado en su cerca, y el nuevo Madrid que se eleva y se ensancha en las primeras décadas del siglo, que rompe barreras, la de la muralla antigua —más que muralla, una cerca—, y se extiende ya por el ensanche y que, por tanto, es ya otro Madrid, del que los edificios de la Residencia son emblema, todavía casi una apuesta. La verdad es que quienes optaron por mudar la Residencia de la calle Fortuny a las alturas del Hipódromo, como eran entonces conocidos estos terrenos, decidieron irse más lejos y más alto y apostaron por el crecimiento de Madrid hacia esa zona, un descampado absoluto cuando comienzan los trabajos de edificación. Tensión ente centro y periferia, entre la altura y la hondonada, entre aire contaminado y aire puro, entre mirar adentro y mirar afuera, entre política y ciencia, entre viejo y nuevo Madrid, entre Ateneo y Residencia, entre Azaña y Ortega. Todo muy claro.

Tanto como lo tienen quienes despachan la relación entre los dos personajes recurriendo a la cita, cientos de veces repetida, de una nota de Azaña, inédita hasta que Juan Marichal la publicó en su edición de las *Obras completas*; en la que, quizá hacia 1923, cuando Ortega funda *Revista de Occidente* y recomienda a los intelectuales dar la espalda a la política, Azaña apunta que Ortega ha puesto al alcance de las damas y de los periodistas el vocabulario de la filosofía. Y añade: «Una cosa es pensar, otra tener ocurrencias. Ortega enhebra ocurrencias. Iba a ser el genio tutelar de la España actual; lo que fue el apóstol Santiago en la España antigua. Quédase en revistero de salones. Su originalidad consiste en haber tomado la metafísica por trampolín de su arribismo y de sus ambiciones de señorito. Como prometió aprender enseguida el alemán, le hicieron catedrático». Este apunte, digo, que nadie pudo conocer hasta su publicación por Marichal a finales de la década de 1960, sirve en muchas ocasiones para despachar sin más detenimiento la relación, unas veces cercana, otras agria, entre estos dos intelectuales; tan clara, pues, como profunda la distancia entre Ateneo y Residencia.

Pero cuál no sería mi sorpresa al tropezar con una serie de datos en las biografías de Azaña y Ortega que, lejos de la impresión de lejanía y confrontación, podrían dar para construir una especie de vidas paralelas desde sus nacimientos hasta los años de la Gran Guerra. Solo a partir de ahí, cuando tienen alrededor de 35 años de edad, es perceptible una divisoria que los aleja durante una década, para volver a confluir en los años finales de la dictadura de Primo de Rivera y primeros de la República, cuando se encuentran de nuevo, casi en los mismos días, el primero pronunciando uno de sus discursos fundamentales, «Tres generaciones del Ateneo», el segundo publicando uno de sus más decisivos artículos, «El error Berenguer», ambos contra la monarquía y por la república, y luego, a los pocos meses, ambos diputados de las Cortes Consti-

tuyentes. No será posible seguirlos a lo largo de todo ese camino, pero les invito a compartir el tramo que va de sus primeras juventudes hasta el fin de la Gran Guerra. Luego, es verdad, Azaña se quedará en el Ateneo, mientras Ortega encamina sus pasos a la Residencia, cuando se traslada de Fortuny a los altos del Hipódromo, donde acabará por asentar durante unos años sus reales.

Vamos, pues, a las vidas paralelas. Azaña es un poco mayor, de 1880; Ortega nace tres años después, en el 83, pero los dos crecen en familias de una burguesía media, ilustrada, con intereses en la prensa o en la política. El padre de Azaña, hijo de un escribano, que hoy llamaríamos notario, y secretario de ayuntamiento, fue muy joven alcalde de Alcalá de Henares. Ortega viene del mundo de la prensa, que durante la Restauración equivale todavía a decir el mundo de la política: cada partido, y hasta cada facción, cuenta con la suya, y cada periódico se define claramente por su cercanía a una opción política determinada. Los dos, por tanto, proceden de una clase social en auge en la España de la Restauración, protagonista del debate público. Los dos, siguiendo el curso de sus vidas paralelas, fueron enviados a estudiar a colegios de frailes. A Azaña lo manda la abuela, al quedar huérfano muy niño, primero de la madre y luego, casi inmediatamente, el mismo día en que cumplía los diez años, del padre, a cursar la carrera de Derecho con los agustinos de El Escorial, después de haber estudiado el bachillerato en el Colegio Complutense de san Justo y Pastor, pasando los exámenes en el Instituto Cardenal Cisneros de Madrid. Ortega, por su parte, niño de ocho años, inicia sus estudios de bachillerato como interno en el colegio San Estanislao de Kotska que la Compañía de Jesús regenta en Miraflores de El Palo, en Málaga.

Hay una diferencia, sin embargo, en la experiencia religiosa de los dos jóvenes internos. En Azaña fue, como dice él, de una violenta cortedad, culminada en un acto de rompimiento, cuando respondió al fraile que le mandaba confesar: «no me confieso». Había cumplido ya los 16 años, y aquella «noche del rompimiento» quedará grabada en su mente hasta convertirla en materia literaria cuando escriba mucho tiempo después *El jardín de los frailes*. Pero conserva, de su infancia en la cercanía de monjas y de su adolescencia entre frailes, una perdurable sensibilidad para la música y para el canto gregoriano, un gusto por las ceremonias religiosas, unos recuerdos y una sensibilidad que, si no son permanentes en su intensidad, van a determinar en buena medida su política respecto a las congregaciones y órdenes religiosas. Mientras que Ortega da la impresión de no haber pasado nunca por una experiencia religiosa, de no haber cultivado nunca la fe católica ni practicado sus ritos y liturgias. Da la impresión de ser, digamos, un laico integral, casi por naturaleza, no un ateo en el sentido militante que puede atribuirse a esta palabra, sino alguien al que la cuestión religiosa no ha inquietado nunca absolutamente nada, que convive con los jesuitas sin que este hecho afecte para nada a su manera de ser, a su manera de situarse en la vida ni a su pensa-

miento, a los problemas que le interesan y que le separan de la generación anterior, tan inmersa en la agonía del cristianismo, sin parar de dar vueltas al llamado problema religioso.

Esta diferente experiencia tendrá luego, cuando se debata en las Constituyentes la cuestión religiosa, cierto interés político, porque Azaña, que se mostrará siempre muy respetuoso con las creencias y ritos católicos, y por tanto no entrará en la cuestión de lo que prediquen los curas dentro del espacio propio, será muy sensible al poder de la Iglesia en el ámbito público y muy militante contra la entrega a las órdenes religiosas de la educación de los jóvenes españoles. Azaña aspira a reducir a la Iglesia al espacio de lo sagrado, propio de la religión, ante el que se detiene respetuosamente pero inflexible en su decisión de que no debe influir de ningún modo en las políticas públicas. Mientras que Ortega, que no es nada sensible a las cuestiones de ritos o liturgias, que no ha tenido que sacudirse de encima una fe de adolescente ni ha pasado por la experiencia del rompimiento, percibe mejor el poder de la tradición católica sobre la sociedad española y la necesidad de elaborar respecto a la Iglesia una política que no provoque y arme una reacción. Curiosamente, los dos van a atraer, de parte de la Iglesia, una respuesta que, en el caso de Azaña, estará expresada en la figura de la «soberbia luciferina», la del tipo que, como Lucifer, quiere arrancar de los corazones tiernos de los niños el sentimiento religioso; mientras que Ortega será percibido como la sinuosa tentación intelectual de la increencia, el atractivo de un pensamiento del que Dios, por no hablar ya del dogma y de la moral católicas, está ausente. Todavía en los años cincuenta, el debate en torno a Ortega consistirá en si era preciso incluir sus escritos en el Índice de libros prohibidos, una cuestión peliaguada para la turbamulta de censores de aquellos años por lo difícil que resultaba encontrar algún escrito que pudiera ser calificado de herético; simplemente, Ortega, a diferencia de Unamuno, condenado en 1942 a la hoguera por el arzobispo de Salamanca, Enrique Pla y Deniel, pasaba de esas cuestiones.

En esta especie de vidas paralelas que voy esbozando dejó también una marca indeleble la gran experiencia formativa de la generación nacida en los años ochenta, el desastre del 98, la pérdida de las colonias, el fin de los restos de lo que había sido imperio, vivido como una especie de *finis Hispaniae*. Azaña ha cumplido ya los 18 años, y Ortega, más joven, solo los 15, pero en ambos dejará una impresión muy similar. En uno de sus apuntes de juventud escribió Azaña: «No sólo no éramos ya los mejores del mundo, sino que llevábamos camino de quedarnos fuera del mundo». Y Ortega repetirá en muchas ocasiones aquello de que él había despertado a la «curiosidad razonadora» cuando caían las últimas hojas de la leyenda patria. La patria se les había venido al suelo; o más exactamente, la patria era un problema. Nada de extraño tiene, pues, que cuando comiencen a hablar de España ambos enfoquen el asunto co-

mo si tratara de un problema, de una excepción en el conjunto de las naciones. «El problema español» es el título del primer discurso político de Azaña en Alcalá, en 1911; un año antes Ortega, que ya había tomado para entonces la delantera en notoriedad pública sobre Azaña, había acuñado su celebre: «España era el problema, Europa la solución», cuyos potentes ecos no han dejado de resonar hasta nuestros días.

El desastre pesó lo suyó en esa percepción de España como problema, pero seguramente donde la impresión sobre la decadencia y el problema de España se convirtió en marco de un pensamiento y de una actitud compartida por los dos jóvenes fue en el Ateneo de Madrid. Manuel Azaña ingresó como socio en el año novecientos, a finales de 1900, meses después de haber presentado su tesis doctoral sobre «La responsabilidad de las multitudes» en la Universidad Central. Y Ortega, que habla mucho del Ateneo y que recuerda en más de una ocasión las horas pasadas en su biblioteca, se inscribió tres o cuatro meses después. Al joven Azaña le asignaron el número de socio 7069, y a José Ortega, que fue a inscribirse con su hermano mayor, Eduardo, el 7127 (y por cierto, Alfonso de Borbón, rey de España, tres años más joven que Ortega, se inscribirá como socio tres años después, en 1904, con el número 7777). Cuando se incorporaron al Ateneo, Azaña vivía en la calle Desengaño, y Ortega, en la calle Goya. Mientras el primero encuentra piso en el centro del viejo Madrid, la familia del segundo había saltado Recoletos y se había trasladado al ensanche, especie de augurio de lo que estaba aún por llegar.

En todo caso, Madrid era todavía una ciudad abarcable, con 500 000 habitantes en los primeros años del siglo, muy lejos de Londres, París o Berlín. Todo se cocía en el espacio situado en torno a la calle Alcalá, al sur y al norte de Alcalá, y poco más. Ahí se mueven o ahí confluyen todos. Si uno quería encontrar a alguien, salía a la calle o iba al teatro y ya se tropezaba con Baroja, con Azorín o con alguno de los mayores, con Valle o con Galdós. Ese era el núcleo de la urbe, el limitado por una línea que iba desde Cibeles por Sol a la Plaza Mayor —con la Gran Vía en los inicios de los trabajos de demolición— y bajaba, todo lo más, hasta Atocha. Y en el centro intelectual de ese espacio, el Ateneo, adonde se dirigen todos, los diputados cuando salen del Congreso, los literatos que interrumpen sus tertulias, los jóvenes profesionales que charlan en los cafés. Antes o después, todos van al Ateneo, mezcla de la intelectualidad con la política, lugar de encuentro de diputados, periodistas, escritores, profesionales, que viven en el entorno y que asisten a las conferencias, participan en los debates, toman café o discuten en la Cacharrería. Hasta Juan Ramón, de tan puro pulquérrimo Juan Ramón que, de regreso a Madrid, se encuentra con Ortega en la escalera del Ateneo y, al darle la mano, «me llama —escribe él— efusivamente Maestro, lo que me turbó bastante pues los dos éramos de la misma edad». Odiaba Juan Ramón aquella «casa oscura [...] porque estaba todo el día alumbrada con luces eléctricas, por lo que se gritaba en los

corros de los pasillos y por el olor de sobremesa que siempre había en ella»; sí, pero odiándola y todo, la misma tarde de su vuelta a Madrid ya dirigía hacia ella sus pasos.

Si Ortega y Juan Ramón van al Ateneo, Azaña realizará sus primeros pinitos literarios, para *Gente Vieja*, evocando sus «confortables salones, grata compañía, amena e instructiva conversación, novedad en las ideas, tolerancia en las opiniones, maestros de la oratoria...». No recuerda en esta ocasión el griterío, pero en el Ateneo se gritaba mucho, también desde el estrado. Uno de los que gustaban de dar voces era Joaquín Costa, que presentó, unos meses después de que Azaña y Ortega se dieran de alta, su encuesta *En torno a oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España. Urgencia y modo de cambiarla*. Durante esos años de fin y principio de siglo se está debatiendo por qué anda España tan decaída, cuál es la raíz de tantos males como acucian a la nación y cuáles pueden ser los remedios para su urgente regeneración. Toda la problemática de la decadencia de España, o todo lo que se resumía en el enunciado *el problema español*, no lo habían inventado estos jóvenes nacidos en torno a 1880; todo eso lo encontraron o, más bien, lo vivieron en aquella casa.

Fue el 14 de junio de 1901. Cerraba Costa ese día, entre aclamaciones, el debate sobre oligarquía y caciquismo, al que había dedicado dos sesiones en marzo, con la exposición del resumen sobre la información recogida en su célebre encuesta, y al terminar, en medio de un gran fervor, unos doscientos ateneístas, jóvenes en su mayoría, le acompañaron hasta su casa, dando vivas a los hombres de buena voluntad, a don Joaquín Costa, a la regeneración y los regeneradores, y algunos mueras al caciquismo, a la oligarquía, a los políticos profesionales, emocionados todos por aquella fuerza que emanaba de la oratoria de Joaquín Costa. «Yo hablo en carne viva», decía Costa. Pongamos que Azaña y Ortega formaron también parte del público que sintió en su propia carne los estremecimientos de Costa, sus improperios, sus gemidos, sus golpes de pecho. Pongamos que, sin tanto entusiasmo como los más enardecidos de aquella pequeña multitud, también ellos acompañaron al gran tribuno a su casa, quizá sin dar tantas voces como sus vecinos, pero compartiendo con ellos esos sentimientos que Costa era maestro en despertar.

Unos sentimientos que van macerando en el caldo que en los salones del Ateneo cultiva la juventud luego llamada del 98. Si la herencia de Costa quedó impresa para siempre en el ánimo de los jóvenes Azaña y Ortega, no menos decisiva, aunque de signo contrario, fue la impresión causada por el trato, a distancia, con los Azorín, Baroja o Maeztu. A aquel lo respetaron como a un gran patriota inmolado en el altar de la regeneración de España; a estos los criticaron, Ortega, por haber prendido fuego a la casa paterna y haber luego corrido despavoridos a campo través, y Azaña, echándoles en cara su egolatría y su exhibicionismo, alimentados por el virus pernicioso del desengaño. De nuevo, vidas paralelas: Ortega había pronunciado en el Ateneo de Ma-





Azaña en el balneario de Sant Hilari, 1934.  
(Archivo V. A. S.)



Ortega en la Residencia de Estudiantes, 1925.  
(Fotografía de Ricardo de Orueta)

drid, el 15 de octubre de 1909, una resonante conferencia, «Los problemas nacionales y la juventud», en la que censuraba a la generación anterior por no haber dejado en herencia ninguna virtud moderna; Azaña, que recordará esta conferencia en un artículo anónimo publicado en *España* en febrero de 1924, echará dos años después de un «Vistazo a la obra de una juventud» llamando la atención sobre los iconoclastas que pulverizan las viejas imágenes y se apresuran para ocupar ellos las hornacinas vacías.

De manera que este es el caldo en el que se van a educar, y en el que van inmediatamente a mostrar una clara vocación de intelectuales. Son dos jóvenes a los que les gusta escribir y que disfrutan charlando. Azaña imparte una conferencia e interviene en varios debates, con apenas 21 o 22 años de edad, en la Academia de Jurisprudencia, muy cercana al Ateneo, y Ortega tomará también desde muy pronto la palabra por el gusto de probar su fuerza. Los dos, casi simultáneamente, serán típicos intelectuales en el sentido de que perciben por propia experiencia el poder de la escritura y viven y sienten directamente el poder de la palabra. Los dos serán, con muy diferentes registros, ilustres conferenciantes, grandes oradores y, en el caso de Azaña no con la facilidad de Ortega pero sí con mayor fundamento, dos fecundos escritores. Escritor-orador quiere decir que casi escriben como hablan, una cualidad que llamó la atención de quienes oyeron sus discursos en el mítin o en el Congreso de los Diputados. Es curioso que Salvador de Madariaga o Luis Araquistain, escuchando algún discurso de Azaña, opinaran como el mayor de los elogios que lo dicho podía ir directamente a la imprenta, sin necesidad de ninguna corrección. A Juan Ramón, sin embargo, le gustaba más en Ortega el orador que el escritor, y, siempre malicioso, no deja de observar el motivo: hablando, no le da tiempo a Ortega a construir metáforas, mientras que cuando escribe recurre a las metáforas y echa a perder un pensamiento claro. Por eso, quizá con algo de sorna, añade: «porque si yo digo “el tiempo huye”, abro un espacio ilimitado; pero si yo digo “el tiempo huye a lomos de un potrero...”, estoy cerrando la huida del tiempo. Diga usted: el tiempo huye, y ya está, señor Ortega, no diga usted “el tiempo huye a lomos de...”».

De manera que, desde muy jóvenes, Azaña y Ortega frecuentan el Ateneo, escuchan y critican a sus mayores, comienzan a hablar en público y escriben en los periódicos. Hay otra experiencia más, decisiva en este tramo de sus vidas paralelas: los dos salen al extranjero. Los dos habían tomado conciencia del problema de España a raíz de las impresiones que fueron acumulando en su vida de estudiantes y en los debates y torneos de ideas en tertulias y conferencias. Pero hay algo que, en tiempos diferentes de sus vidas, condiciona la futura trayectoria de ambos, y es que los dos toman distancia física de su nación en ruinas. Ortega pasa por esta experiencia mucho más joven que Azaña, mucho antes, quiero decir; sale pronto, siendo casi un muchacho se va a Ale-

mania. Y por tanto pensará el problema de España a partir de lo que más define a Alemania, que es la ciencia, como ya había leído en Renan a propósito de las causas del atraso francés. Alemania va por delante porque está organizada, porque funciona, porque es un país con rigor, con ciencia, base de la competencia de sus gentes. El énfasis tan orteguiano en la competencia procede de ese vivir entre alemanes. Y, aficionados como eran a ver a España en la imagen que les reflejaba el espejo de una nación extranjera, Ortega diagnosticará que la decadencia de España era resultado de la falta de ciencia. Aquí no hemos pensado, no disponemos de pensamiento científico, no somos competentes.

Azaña saldrá más tarde, cuando ya ha cumplido los treinta años y ha sacado la oposición a letrado de la Dirección General de los Registros y del Notariado. Azaña va a Francia y, como ya antes había sido el caso con Ortega, mirará España desde París, y desde París lo que ve, como ya habían visto los exiliados liberales y los viajeros del siglo XIX, es Madrid como un «poblachón manchego» capaz de asimilar lo que llega de fuera pero incapaz de proyectar nada al exterior, de irradiar nada fuera de sí. ¿Qué es eso de irradiar? Pues lo que hace París. París irradia a toda Francia. Madrid, ¿qué puede irradiar?, ¿el casticismo? ¿Quién compra el casticismo madrileño? Es la pregunta que hace Azaña. Nadie lo compra. ¿Quién compra lo que produce Madrid? Nadie. Se compra, curiosamente, lo que produce Andalucía, pero no lo que produce Madrid. Madrid, cisterna de cultura, había escrito Ortega; Madrid, poblachón manchego, escribe Azaña. Capital de un estado en la ruina, rodeada de desierto. Y si Ortega, por el contacto alemán, reivindica la ciencia, Azaña, por la vivencia de París como capital de la Tercera República, reivindicará la democracia como único camino para volver a la corriente general de la civilización europea.

Los dos —y seguimos con las vidas paralelas—, que cultivan una clara vocación de presencia en el debate público, de participar en las instituciones en las que se discute, de escribir en la prensa, van a procurarse por medio de unas oposiciones un sustento que les permita llevar el tipo de vida propia de los intelectuales que ellos quieren ser. Ortega, a su vuelta de Alemania, pasará primero por la Escuela Normal Superior, para desembocar muy pronto en la cátedra de Metafísica de la universidad. Azaña, cuando ya ha cumplido treinta años, pero antes de su primera estancia en París, se presenta a oposiciones y obtiene, como número uno en una lista de dos, su estable y bien reumerado empleo de auxiliar en la Dirección General de los Registros. A Ortega nadie le discutirá lo ilustre de su posición; en el caso de Azaña, sin embargo, su fulgurante ascensión de 1931, desde un lugar discreto en el rutilante mundo intelectual madrileño al primer plano de la escena, le valdrá desde muy pronto —y todavía hoy en el diccionario de la Real Academia!— la imagen del pobre funcionario que pa-

sa el día detrás de la ventanilla atendiendo los expedientes de últimas voluntades. No puedo detenerme en esto, pero nada que ver con la realidad.

Lo que interesa para el caso es que después de haberse asegurado una posición estable como funcionarios del Estado es cuando entran claramente en una acción política, ambos también. Es una acción política que parte de un rechazo: ninguno quiere saber nada de los partidos dinásticos. A Ortega, porque le venía de familia, podía haberle tentado su incorporación al partido liberal dinástico, donde habría podido llegar a lo que hubiera querido. Y lo mismo Azaña: la tradición de la familia era el progresismo, y luego el liberalismo templado de la Restauración. Pero no quieren saber nada con los partidos dinásticos, no con el conservador, desde luego, pero tampoco con el liberal. Y, sin embargo, los dos piensan que el futuro está en lo que Ortega, siempre más dado a la coloratura del lenguaje, llamaba la «renovación del entusiasmo liberal». Los españoles tenían que volver a renovar su compromiso con el liberalismo, pero desde fuera del Partido Liberal, y ese *desde fuera* consiste hacia 1910 en un acercamiento a la nueva clase obrera que se está formando en las ciudades, que está abriendo casas del pueblo, que está entregada a una obra pedagógica a largo plazo, la clase obrera organizada en la Unión General de Trabajadores, que tiene en el Partido Socialista Obrero Español su vocero y en Pablo Iglesias su líder. No por casualidad, Manuel Azaña pronuncia su primer discurso político en la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares, por el mismo tiempo en que Ortega proclama santo —laico, desde luego— a Pablo Iglesias, el primero de la santa trinidad que, con Joaquín Costa y Francisco Giner, sube a los altares como santo tutelar de la nueva nación española que habrá de convocar a la acción un día no muy lejano.

Y si en 1901, Azaña con toda seguridad, pero también posiblemente Ortega, escucharon en el Ateneo la tonante voz de Joaquín Costa, ahora, en 1910, Ortega con toda seguridad, pero también posiblemente Azaña, escuchan en el mismo Ateneo la llamada de atención de Ramiro de Maeztu sobre lo ocurrido un año antes en Barcelona. Maeztu avisa a los intelectuales: aquí está pasando algo y, si no nos ponemos en cabeza de esto que está ocurriendo, la clase obrera tomará la delantera. Es en ese marco donde van a pensar los dos, muy simultáneamente, lo que se llama el «problema de España». Ortega habla en la Sociedad El Sitio, de Bilbao, y Azaña, como ha quedado dicho, en Alcalá de Henares, pero la sustancia de las conferencias es muy similar, excepto en la salida que cada uno de ellos propone a eso que llaman los dos el «problema de España». Sin duda, el problema consiste en haberse quedado fuera de la corriente general de la civilización europea. La solución, por tanto, es relativamente simple: hay que volver otra vez a la corriente general de la civilización europea.

De ese mirar hacia fuera en busca de inspiración para actuar hacia dentro se derivarán sus primeras y acerbas críticas a las gentes del 98, Miguel de Unamuno incluido,

y la elevación de sus miradas hacia la generación anterior, la de Costa y Giner, la de la Institución Libre de Enseñanza, con la que los dos se relacionan: Azaña por amistades juveniles y su asistencia a las clases de doctorado impartidas por Giner, Ortega por una reverencia expresa y por una opción cultural situada en la dirección que había marcado la Institución Libre de Enseñanza, la de crear una minoría culta, capaz, profesionalmente competente, que diera densidad a una sociedad que él veía fragmentada, desestructurada, sin una columna vertebral. La consigna de acción será, sin embargo, diferente en su énfasis. Para Azaña: hagamos política, hagamos política todos, desde el municipio al Estado. La de Ortega: hagamos pedagogía, formemos esa minoría selecta que será la que eduque la conciencia pública de los españoles. Un pueblo libre es un pueblo educado para Ortega; un pueblo libre es un pueblo que ha tomado en sus manos los destinos políticos para Azaña. Pero durante estos años se trata solo de una cuestión de énfasis. Actuar como minoría selecta consiste en intervenir en política. Pronto, sin embargo, ese acento dará lugar a diversas sinfonías, cada una con su propio aire.

Pero antes de que cada cual tome su camino, estos dos jóvenes cuando el 98, al llegar a lo que Ortega consideraba la mitad del camino de su vida, como catedrático de Universidad el más joven, como letrado de un ministerio el mayor, con vocación los dos de intervenir en el debate público, dotados para la escritura y el discurso, compartiendo ambos un profundo sentimiento de alienación respecto a la política oficial, regeneradores también cada cual a su manera, estaban condenados a encontrarse de nuevo. ¿Dónde? Pues en el Ateneo, dónde si no, doce años después de su incorporación como socios de la casa. Acababa de morir su presidente, Segismundo Moret, y se convocaron elecciones para el 6 de febrero de 1913 con objeto de cubrir todos los puestos de la junta directiva. El conde de Romanones, que aspiraba a la presidencia, aparecía a la cabeza de una candidatura en la que figuraban Manuel Azaña como candidato a la secretaría primera y sus amigos Rafael Sánchez Ocaña y Juan Donoso Cortés, un asiduo acompañante en conferencias, conciertos y excursiones a El Escorial, como candidatos a las secretarías segunda y tercera.

Una confabulación de las nuevas generaciones de ateneístas dio al traste con las aspiraciones de Romanones, que se vio obligado, tras recibir un varapalo en primera convocatoria, a dejar el camino libre para que ocupara la presidencia Rafael María de Labra. Lo que importa, en todo caso, es que una hornada de gente nueva acompaña a los secretarios incorporándose como vocales de la Junta y como presidentes o secretarios de las diferentes secciones. Por allí aparece Ramón Pérez de Ayala, que está a punto de publicar —o acaba de hacerlo— sus *Troteras y danzaderas*; por allí anda también, como vocal primero, Antonio Royo Villanova. Salvador de Madariaga será secretario primero de la Sección de Ciencias Morales y Políticas, que preside Melquiades Álvarez,

consagrado ya como líder del nuevo Partido Reformista. Miguel Salvador ocupa la presidencia de la Sección de Música, y Honorato de Castro es elegido secretario primero de la de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. En fin, pero no en último lugar, José Ortega y Gasset, Pepe convertido ya en don José, se sentará en la presidencia de la mesa de la Sección de Filosofía, que el Ateneo acaba de crear para él. Una pléyade de gente nueva, nacida en torno a 1880, dispuesta a inaugurar uno de los periodos más fecundos, más vivos y, por la sistemática destrucción de documentación interna emprendida por las hordas franquistas que ocuparon el Ateneo tras la caída de Madrid, peor conocida de su historia.

Y Azaña es elegido secretario de una junta que va a estar presidida no por el conde de Romanones, porque la primera actuación de estos jóvenes consistió en impedir que saliera elegido, sino, como ya he indicado, por Rafael María de Labra, que era por entonces un señor muy mayor, autor de una historia del Ateneo, que no estaba para dirigir nada, y menos que nada a aquel grupo de gente nueva que se le habían subido a las barbas, literalmente, y a las que mal hubiera podido dirigir. Cuando se insiste tanto en que Manuel Azaña no pasó de secretario del Ateneo, no se tiene en cuenta que el presidente nominal no aparecía mucho por aquella casa y que quien dirigió realmente el Ateneo durante los años que van de 1913 a 1919 fue su secretario, Manuel Azaña, que no paraba de organizar debates y que convirtió sus salones en centro de agitación en defensa de la causa de los aliados cuando, año y pico después de su elección, estalló la que pronto sería conocida como Gran Guerra.

Porque los tiempos en que esta nueva generación se hace cargo del Ateneo fueron de una gran efervescencia política, dentro como fuera de España. Los profesionales e intelectuales que se encontraban a diario en las instituciones culturales radicadas en el limitado espacio del viejo Madrid —redacciones de periódicos y revistas, bibliotecas, tertulias más o menos institucionalizadas en torno a valores ya consagrados— percibían con expectación los síntomas de agotamiento del sistema canovista. En enero de 1913, dos meses después del asesinato del liberal José Canalejas, un mes antes de la que la gente joven se hiciera con la dirección del Ateneo, el jefe del Partido Conservador, Antonio Maura, había recomendado a Alfonso XIII que buscara, entre los conservadores, un político «idóneo» para seguir con el juego del turno, que él ya no servía para seguir con la farsa. Ocurría en enero de 1913, el mismo mes en que Ortega, tras su particular arreglo de cuentas con las gentes del 98, enunciaba como tarea de la nueva generación la necesidad de «hacer la experiencia monárquica». Entendía Ortega que la labor de destrucción, de romper ídolos, de irrumpir como salvajes en el páramo español, estaba ya realizada y que era preciso hacer algo, pasar a otra cosa.

Y en la alta política, mientras tanto, la que se cuece en la cámara regia, Alfonso XIII parecía dispuesto a abrir una puerta a la esperanza de renovación del sistema



Azaña en la finca La Barata, Tarrasa, 1938.  
(Archivo V. A. S.)



con la resonante visita a palacio de tres distinguidos intelectuales de la generación mayor el día 14 de enero de este mismo año de 1913: Manuel Bartolomé Cossío, director del Museo Pedagógico y de acentuada significación republicana; Santiago Ramón y Cajal, acompañado de José Castillejo, presidente y secretario, respectivamente, de la Junta para Ampliación de Estudios, y para rematar el día, Gumersindo de Azcárate, que acudió en su calidad de presidente del Instituto de Reformas Sociales, pero cuyo acendrado republicanismo nadie ignoraba. El rey, por primera vez en su vida —y no habrá más—, recibe oficialmente en palacio a gente de significación republicana, excluidos del juego de la política dinástica que se reparten conservadores y liberales. Los jóvenes, Ortega, Azaña también, interpretarán esa apertura como una llamada del rey a llevar a cabo lo que Ortega llama el «experimento monárquico». Lo intentarán desde las instituciones cercanas a la Junta para Ampliación de Estudios, o más bien hijuelas suyas, con una conexión directa o, mejor, personal con el Partido Reformista.

Solo unos meses después de aquella espectacular visita al rey, este grupo de jóvenes de la nueva generación sale de su aparente indiferencia por los asuntos políticos y se lanza a la palestra con un «Prospecto de la Liga de Educación Política Española», que comenzó a circular, como ha contado Juan Marichal, a mediados de octubre de 1913, con «las firmas de varios jóvenes ilustres», según los definía *El Socialista*. Vidas paralelas, otra vez, porque los nueve que aparecían con su firma al pie del manifiesto eran, por este orden: José Ortega y Gasset, Manuel Azaña, Gabriel Gancedo, Fernando de los Ríos, el marqués de Palomares del Duero, Leopoldo Palacios, Manuel García Morente, Constancio Bernaldo de Quirós y Agustín Viñuales. De ellos, nada menos que cinco —Ortega, Gancedo, De los Ríos, el marqués de Palomares del Duero y Palacios, pero no Azaña— eran miembros del Patronato de la Residencia de Estudiantes, nacida «chiquitita en la calle de Fortuny, en la acera de los pares, en su último tramo, inmediato al Obelisco», como la recordaba Ramón Carande, pero decidida desde agosto de 1913 a emprender el vuelo hasta los Altos del Hipódromo.

Bueno, este es el momento en el que se produce la más cercana confluencia de estas dos vidas paralelas. El prospecto lo firma en primer lugar Ortega, miembro del Patronato de la Residencia, pero el segundo en el orden de firmas es Azaña, secretario del Ateneo. Comentando la aparición del prospecto, Juan Marichal escribe: «no deja de ser marcadamente significativo el ver en esta breve lista como firmantes a Ortega y a Azaña». Es sin duda significativo, pero a quien haya seguido la trayectoria pública de estos dos intelectuales hasta ese punto no le sorprende. Era lo que podía esperarse. Se habían hecho de España una figura muy similar, habían participado —y a veces compartido— en idénticas experiencias, oído las mismas voces, habían emprendido unas carreras muy similares, tenían prácticamente la misma edad, estaban muy bien relacionados los dos a partir del Ateneo y de las tertulias con ese mundo que había



crecido en Madrid a medida que la ciudad se iba transformando; en resumen, no es nada sorprendente que en el año 13 se encuentren todos en torno a Ortega, que es en ese momento el guía intelectual de su generación, y en torno a Melquiades Álvarez, que es el referente político del reformismo como vía a la democracia dentro de la monarquía.

Valdría la pena detener aquí la mirada para seguirlos luego en los resultados finales, más bien frustrantes para toda la generación, de aquel experimento monárquico. Pero lo que interesa ahora es que, cuando se convoca la reunión a la que acuden todos ellos, un banquete al líder reformista, un banquete en el Palace —signo de la modernidad madrileña recién abierto en ese momento, construido por una firma belga, pero del que emana un aire a París, como emana también del barrio pegado al Retiro que se construye entonces, dotados ya sus edificios de agua corriente y de ascensores que igualan a los inquilinos del quinto con los del principal, lo más parecido a París que se construye en Madrid—, las crónicas resaltan el hecho de que asiste la intelectualidad al completo. Ya no son los intelectuales, o un grupo de intelectuales, sino la intelectualidad. Es cuando este sustantivo invade el léxico político hasta recalar, en la forma de *crema de la intelectualidad*, en Chicote, en el arranque de la nueva Gran Vía. Ortega es el partero de la intelectualidad española, en el sentido de que es el primero en convocar a la acción, en su Liga de (o para la) Educación Política, a una masa de intelectuales: abogados, catedráticos, científicos, periodistas, artistas, empleados y muchos jóvenes ateneístas, dispuestos a renovar la vida pública española.

De manera que el camino que hasta aquí llevamos recorrido nos conduce desde aquel Ateneo abigarrado, en continua mezcolanza de intelectuales y políticos, situado en el centro de Madrid, a esta crema de la intelectualidad, profesionales competentes que entienden y hablan alemán, francés o inglés y que en número de dos mil acuden al banquete del Palace porque quieren intervenir en política desde una plataforma propia, una liga que no es un partido, aunque incorporándose a un partido que tiene mucho de liga, que no es dinástico ni antidinástico, sino gubernamental reformista; que viene del republicanismo, pero ha dejado la república para un horizonte *sine die*, porque lo que le importa es llegar al gobierno para proceder desde el poder a la reforma democrática del sistema.

Este propósito de hacer la experiencia monárquica se va a disolver muy pronto, dura relativamente poco. Los factores que explican esta prometedor pero efímera aventura no son para despacharlos en un santiamén. Cabe imaginar, sin embargo, que otra habría sido nuestra historia si aquella generación entonces nueva hubiera decidido jugar más a fondo su cartas en el sistema de la política, conquistando la opinión, extendiendo la organización, ganando en las urnas concejalías de ayuntamientos o escaños en el Congreso, conquistando parcelas de poder, antes de disolverse por el can-

sancio, la rutina, el escepticismo, los problemas acuciantes de la vida diaria. Como otra habría sido también la historia si en el momento crítico, cuando se acercaba el fin de la Gran Guerra, la corona y la clase política del régimen, liberales y conservadores, se hubieran puesto al frente de un programa de reformas democráticas, como exigía una buena parte de la opinión. Si hubieran procedido a introducir reformas, a limitar el poder de los estamentos militar y eclesiástico, a democratizar los comportamientos políticos, a convocar lo que Maura llamó elecciones sinceras, en resumen, si hubieran arriesgado y si, sobre todo al final de la Gran Guerra, hubieran apostado por el futuro y hubieran abierto el sistema e incorporado a toda esta gente, es posible que nuestra historia del siglo xx se hubiera escrito de otra manera. Pero, en fin, no lo hicieron; más bien el sistema echó el cierre con la Gran Guerra, y los intelectuales emprendieron cada cual su propio rumbo.

En la relación de Azaña y Ortega hubo un momento que podría servirnos de colofón a modo de símbolo de unas vidas paralelas a punto de bifurcarse, un momento que pasó desapercibido a todo el mundo y que seguramente no tiene mayor enjundia, pero que me interesa, ya digo, como símbolo. La última circunstancia en la que Ortega y Azaña aparecen juntos en el Ateneo —o, por lo menos, la última con la que he tropezado— fue con motivo de un ciclo de conferencias anunciado como *Guía espiritual de España*. Para confeccionar esa guía espiritual de España se encargaron conferencias a distintas figuras muy destacadas de la intelectualidad madrileña, comenzando el 28 de marzo de 1915 por Benito Pérez Galdós, que preparó una pieza sobre Madrid, leída por Serafín Álvarez Quintero, y terminando por Manuel Azaña, que cerró el ciclo con una conferencia sobre Alcalá de Henares. El texto manuscrito de esta conferencia de Azaña, por cierto, desconocido hasta hace bien poco, se conservaba entre los papeles que aparecieron en un armario en 1984 y que volvieron a desaparecer, para gran desconsuelo de Juan Marichal, poco después, devueltos por el Ministerio de Cultura a su viuda y no recuperados hasta el día de hoy. Pero, en fin, afortunadamente, alguien tuvo la precaución de microfilmarnos y en fechas recientes han podido saltar del microfilm a la nueva edición de sus *Obras completas* publicada por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales en 2007. «Los días del Campo Laudable» es el título de esta preciosa pieza, como «El Escorial. Una meditación» fue el de la conferencia impartida por José Ortega dentro del mismo ciclo.

Azaña comenzó su evocación de Alcalá con estas palabras: «Hace ya bastantes años, no quiero saber cuántos, algunos adolescentes se solazaban una mañana de abril orillas del río Henares». Y de ahí arranca la historia de un maestro que lleva a los niños de excursión por la vera del río, uno de estos maestros que enseñaban también fuera de las aulas hasta quedar asfixiados por la invasión de órdenes religiosas que inunda la villa de Alcalá. Azaña, en una pieza muy poética, cuenta, pues, una historia, un hecho po-

lítico: la invasión de las órdenes religiosas a finales del siglo XIX, acelerada tras el fracaso de la ley del Candado, que llegará a su apoteosis con la dictadura y que constituye hasta el día de hoy un elemento fundamental de nuestro mapa escolar. Ortega, sin embargo, no cuenta una historia, sino que se entrega a una meditación, que comienza: «Sobre el paisaje de El Escorial, el Monasterio es solamente la piedra máxima que destaca entre las moles circundantes por la mayor fijeza y pulimento de sus aristas». Esa piedra de El Escorial vuelve otra vez a la piedra. Cada cual, se podría decir, su propio destino: Azaña cuenta una historia; Ortega construye una metáfora.

Pero lo interesante del asunto, para nuestras vidas paralelas, es que la segunda parte de la conferencia de Ortega ya no la imparte en el Ateneo, sino que sube hasta la Residencia a pronunciarla. Todavía dirige la revista *España*, domiciliada, cómo no, en la calle del Prado, la misma del Ateneo, unos números más arriba, pero no será por mucho tiempo: antes de que finalice el año, deja la dirección de *España*, abandona el Partido Reformista y tal vez deja de frecuentar la calle del Prado, donde nada se le había perdido. De la excitación que acompañó los inicios del experimento monárquico, y tras la última frustración provocada porque aquí no pasa nada, así la Gran Guerra termine con el triunfo de los aliados y Araquistain hable desde España de un saldo de coronas, el interés político y más aun la dedicación a la política serán en adelante, para Ortega, el gran obstáculo que impide acceder a la teoría. El pensamiento se turba y se ensucia cuando uno se implica en la actividad política.

Y será al llegar a esa conclusión, al cultivo de la figura del intelectual dedicado todas las horas del día a la reflexión, al puro debate, a la obra de iluminación, cuando la Residencia se convertirá en su lugar preferido. Muchas cosas están cambiando en la ciudad. Madrid, al socaire de la guerra, se entregó a lo que muy pronto se conocería como «la orgía constructora». Crecía y se transformaban a ojos vistas; los extrarradios se inundaban de un proletariado que se incorporaba a los sindicatos y se movilizaba en huelgas generales; los ensanches se colmataban a buen ritmo, recibiendo a una clase media de nuevo tipo, más profesional, más diversificada que la del siglo anterior; los jóvenes hacían visible su presencia en cafés, ateneos, sociedades literarias y científicas; las mujeres comenzaban a entrar en las fábricas, más aún en las oficinas, y llamaban a las puertas de la universidad. Madrid se desperezaba con el ruido de los trenes que desembarcaban pasajeros y mercancías en las nuevas estaciones de ferrocarril, el traqueteo de los tranvías eléctricos que hacían sonar sus campanillas por las calles, los barullos ante las nuevas salas de teatro, la apertura de cines, el ir y venir en torno a los grandes hoteles a la moda francesa, los mercados y hospitales. La higiene y la comodidad habían llegado a las nuevas edificaciones, y con ellas, el cambio de costumbres: ascensores y cuartos de baño con sus *bidets* y su agua corriente en las casas de nueva construcción eran los signos del progreso de los nuevos tiempos.

Y en ese Madrid nuevo surge, por impulso de la Junta para Ampliación de Estudios, la Residencia de Estudiantes, que en sus actividades y convocatorias no será ya aquella mezcolanza de intelectuales y políticos que caracterizaba al Ateneo. En la Residencia se debatirá sobre derecho, arte, arquitectura, arqueología, economía, música, pintura, sobre todo lo que constituye la vida humana, pero no sobre política. La política es algo que hacen otros, los intelectuales no se meten en política ni hacen política. Cuando Ortega llegue a esta conclusión será en el año 1923, el año de la botadura de *Revista de Occidente*, que en su presentación no dice ya que la teoría necesita aislarse de la política, sino que el intelectual en busca de claridad tiene que vivir de espaldas a la política. La consigna del primer número de *Revista de Occidente* es «vivir de espaldas a la política». Esta será la principal conclusión de unas experiencias que datan de 1913, que pasan por el trance de 1918 y que se remansan en 1923, cuando el proyecto reformista y el experimento monárquico se disuelven en la nada y los intelectuales no consiguen definir un espacio propio para una acción específicamente intelectual que incida desde plataformas propias en la vida política

¿A quién puede atraer en el año 1923 subir hasta la Residencia? Pues va a atraer, como sujetos activos, a intelectuales de primer nivel, no solo españoles, sino también extranjeros. Por allí pasarán Einstein y los grandes arquitectos de la Bauhaus; a la residencia acudirán Keynes y Le Corbusier, y toda esa pléyade de nombres que pueden encontrar en los números de *Residencia*, tan pulcramente reeditados. ¿Quiénes van a oírlos? Alfonso Reyes, que escribió una deliciosa pieza sobre la Residencia en una noche de conferencias, los ve subir la cuesta, pero no a pie, como se iba al Ateneo; ahora los que acuden «la tarde en que hay reunión suenan los autos por la calzada del Pinar, y el salón se puebla de damas y diplomáticos». Ahora es de buen tono ir en coche a los altos del Hipódromo: «A poco suenan las bocinas, y las espadas iguales de los faros, entrecruzando luces, a segar el Cerro del Aire». La minoría selecta se ha mecanizado. Apostaron, quienes trasladaron la Residencia a estas alturas, por sacarla de la oscuridad del Ateneo —abrieron ventanales, abrieron grandes ventanas—; se sacudieron el pelo de la dehesa; eran todos muy limpios y andaban muy bien trajeados, de sport, a la inglesa; famosamente, no había una colilla en los suelos, porque si acaso alguna cayera por descuido o mala educación, venía el señor Jiménez Fraud a recogerla, y quien la hubiera tirado quedaba corrido para el resto. Eran los residentes muy deportistas; y jardineros. «Medio jardineros, medio futbolistas», escribe Alfonso Reyes, que era un observador muy fino. Gentes de familias con posibilidades, y por tanto dispuestas a imprimir sobre Madrid un sello cosmopolita, sacándolo de su ensimismamiento castizo, de ese continuo mirar hacia dentro. No, estos no tienen nada de castizo; son europeos, miran a Europa, viven con Europa, pero para vivir con Europa han tenido que sacar a Madrid de su cerca. Esa podría ser la continuación de es-

ta historia. Tuvieron éxito, indudablemente; la Residencia ha quedado como el lugar de la modernidad intelectual. Ganaron su apuesta: traer a Madrid a estos «campos no ya desnudos, sino desollados, campos terreños de sola y pura tierra, de tierra de cocer ladrillos y pucheros, más que de pan llevar, de tierra de maleza rala y escueta, donde se arrastra el simbólico cardo borriquero» (como los verá Miguel de Unamuno en 1932), tirar de la ciudad en esta dirección y a la vez crear un tipo de intelectual nuevo que quienes apostaron por esta idea pensaban que España necesitaba, el intelectual competente, educado, europeo, que tiraba las colillas en los ceniceros, a quien le resultaba familiar la universidad extranjera, ya fuera alemana, francesa o británica; que podía oír y entender lo que Einstein decía —¡y comentarlo!— y que ha dado lugar a este esplendor cultural de cuyo final... Más bien, para no ponernos tristes, lo vamos a dejar aquí, en el comienzo del esplendor, cuando Ortega trasladó a la Residencia su palabra mientras Azaña seguía afanándose en el viejo Ateneo, organizando debates sobre la democratización de España.

**Santos Juliá\***

---

\* Dirección para correspondencia: [bile@fundacionginer.org](mailto:bile@fundacionginer.org)